

DEL CAMINO

COLOMBINE Y LEOPARDI Para Jacinto Benavente, sagacísimo explorador de caracteres, hay una fuerza que supera a la del amor, «algo—dice— que es toda el alma de la mujer... algo que de no existir haría de la vida una lucha de fieras...»

El dramaturgo se refiere a la compasión. En el espíritu femenino, espíritu casto, generoso, nacido para el sacrificio y regado por todas las savias excelsas de la abnegación, del altruismo heroico y del desinterés, la piedad puede más que el amor. Esta aristocracia sentimental—tan diferente de nuestra complejión egoísta y lasciva de machos—es, merced al enigma redentor y purificador de la maternidad, común a las mujeres de más opuesto rango. Desde que nace, la niña «lleva una madre dentro»; toda mujer, verdaderamente femenina, no es solamente madre de sus hijos: lo es también de sus hermanos, de sus padres viejos, de sus hermanos, de su esposo... especialmente durante aquellas horas de flaqueza y derrota en que el hombre necesita templar su valor con la energía estóica, dulce y sin gritos, de su compañera.

Y estas reflexiones me las sugiere la suave impresión producida en mí por la reposada lectura del libro que, a propósito de las obras y triste vida del conde Giacomo Leopardi, acaba de publicar mi amiga Carmen de Burgos.

Colombine ama a Leopardi... Quizás, de haberle conocido, le hubiese dedicado un afecto somero, puramente amistoso, como hicieron la hermosa Mad. Padovani, la linda y espiritual condesa Malvezzi o aquella terrible Fanny Targioni, coqueta y bonita, que besaba furiosamente a sus hijos en presencia del poeta, como para enardecer su pasión demostrándole hasta qué punto sus labios de fresa sabían amar... Pero Colombine no tuvo la satisfacción melancólica de tratar a Leopardi, y así la imagen doliente del inconsolable solitario de Recanati no padeció en su ánimo ninguna de aquellas odiosas supresiones o podaduras con que la realidad grosera corrige lo soñado: Colombine, dos veces sensible, primero por ser mujer, luego por ser artista, vibró de emoción leyendo las rimas sangrantes de Leopardi; y cuando, prendada del cantor, quiso conocer al hombre y examinó su biografía, le halló como ella misma, quizás secretamente, había deseado: pobre, enfermo ridículo, feo... feo, sobre todo!... paseando su cabeza de iluminado sobre un cuerpucillo blandengue y simiesco de bufón; y para que nada faltase a su pena, sin ninguno de esos galanteos que tejen la corona de risas de la juventud: incomprendido, receloso, tímido y glacial, al parecer, mientras interiormente moría de amor entre aquellas mujeres superficiales de Bolonia y Florencia.

Carmen de Burgos ha comprendido al conde Leopardi, ha llorado con él, ha descendido a la noche sin término de su dolor, y ello constituye el mérito capital de su obra. «Cuanto más se profundiza en su espíritu—dice—se le halla más noble, más bueno. No se le encuentra jamás un sentimiento ruin, ni un acto reprochable: cada vez se le ama más. El artista es grande, el niño (durante toda su vida le creemos niño) es adorable. Se siente el deseo de envolverle en amor é idealidad, de poder hallar otro espíritu complementario del suyo que realice el ensueño de pureza, de bondad, de honradez, de aquella alma blanca.»

Por eso el libro que la notable escritora ha compuesto es bello: porque sobre la minuciosa y paciente enumeración de datos biográficos y de fechas, y para mayor valimiento y ornato de tan erudito trabajo, zumba sobre él una sincerísima emoción de amor.

Colombine, después de estudiar prolijamente la herencia psicopática del poeta, describe su infancia en Recanati, sus juegos, la influencia nefasta que el carácter lapidario de su madre ejerció sobre su complejión moral, blanda y dócil; sus maestros, sus lecturas favoritas, sus ansias inconsideradas de saber,

que hiperextesiaron su sensibilidad y fueron el verdadero origen de aquel lento mal que, a la temprana edad de treinta y nueve años, había de destruir su triste existencia. Luego, siguiendo a Carducci, divide en dos grandes épocas toda la labor de Leopardi, y seguidamente acompaña a éste en sus espirituales amores y en sus viajes. Primero es su prima, la condesa Gertrudis Cassi, quien interesa violentamente su corazón; después Teresa Factorini, una muchachita plebeya, roída por la tisis; más tarde, sor María Belardinelli y Serafina Basvechi, las que obtienen el privilegio de alegrar unos instantes la melancolía desesperada de sus ojos azules. Pero Leopardi no varía: en Roma, en Bolonia, en Florencia, en Pisa, en Nápoles, donde la muerte, que tanto deseaba, al fin tuvo la dulzura de cerrarle el camino, el cantor de *El espanto nocturno* y de *El infinito* siempre es el mismo: su pesimismo arrecia, muéstrase por momentos más taciturno, más reconcentrado; pero su desolación es tierna como el dolor de un niño, y



Carmen de Burgos Seguí (Colombine), nuestra distinguida colaboradora, cuyo libro «Giacomo Leopardi y sus obras» constituye un verdadero acontecimiento literario

cuando se queja nunca aprieta los puños. «¿Por qué nací?—pregunta—¿Por qué la Naturaleza cometió la crueldad de darme un alma tan propensa al amor, si nadie había de amarme?»...

Ruedan sus versos como lágrimas: «¡Ay, en el mundo el llanto solo dura!...», dice... Colombine acompaña al poeta a través de su vida, y hay tal compenetración entre el carácter del biografiado y el estilo de la escritora, que muchas páginas creeríanse dictadas por él. Ella le recibe al nacer y asiste en Nápoles a su muerte, y describe con emoción honda y sobria la tumba donde los huesos del supremo poeta descansan.

¿Por qué naciste tan tarde, Colombine? Tú, que eres artista, si hubieses conocido a Giacomo Leopardi, feo, pobre y tímido, pero excelso, ¿no es cierto que tu maternal bondad habría tenido la misericordia de ser sonrisa de amor para él?...

EDUARDO ZAMACOIS

SERVIDOR DE USTED.

Una amable lectora en fina, atenta y ruborosa carta, que como una reliquia conservo entre mis cosas más preciadas, me pregunta mis señas personales y demás circunstancias. Y como desde niño y por costumbre siempre he sido galante con las damas, a su amable misiva le voy a contestar en dos palabras.

Adorable señora ó señorita: Correspondiendo a sus preguntas gratas, ahí le envío, trazada en cuatro rasgos, mi vera efigie y mi gentil estampa. Ha de saber usted que vine al mundo hace ya tantos años, que me espanta el mucho tiempo que hace que para siempre transcurrió mi infancia. Yo soy, gracias a Dios, bastante feo; ostento limpia y reluciente calva, y gracias a la química nadie ha podido ver que tengo canas. Uso lentes del seis, con lo cual quiero decir, en dos palabras, que hoy en día de vista soy tan corto que no he logrado ver la democracia con que el buen Canalejas al pueblo incauto sin cesar embauca.

Yo no nací coplero. Mis parientes, viendo en mí un Palafox en lontananza, pensaron dedicarme a la noble carrera de las armas; y a estas horas, contando con la benevolencia de las balas, sería un comandante lleno tal vez de cruces y de lacras, conquistadas a punta de capote en el recio fragor de las batallas. Pero el hado dispuso lo contrario, porque cierta mañana una rubia ideal de ojos azules, de busto escultural, de tez de nácar y como dijo el otro, digna de ser morena y sevillana, sin pedirme permiso se entró en mi pecho por la puerta falsa, causando más estragos que un Schneider cargado con metralla. Desde aquel día me sentí poeta, y para conquistarla, y ver si conseguía

que la rubia se diese a la libre plática, la abrumé con quintillas y sonetos, que era como gastar pólvora en salvas.

¡Ah! Porque aquella rubia, como todas las rubias, muy ingrata, premió mis desvarios amorosos, mis locos sueños y mis tiernas ansias, dejándome ¡ay de mí! por un barítono que tenía un corral en la garganta. Y seguí haciendo versos a destajo en recuerdo de aquella rubia ingrata que en la modesta historia de mi vida ha grabado la fecha más amarga. Y aunque escribiendo versos diariamente alguien me tomará por nna máquina, no vea usted un poeta en mi persona digno de los honores de la fama, porque ni soy poeta ni a tal aspiración llega mi audacia. Soy un tabajador; soy un forzado al que el destino a las cuartillas ata por ganar unos duros jaunque no todos los que me hacen falta. No busque usted en mis versos poesía, ni ingenio, ni substancia; busque usted solamente panecillos, y tenga usted por cierto que los halla! Porque créalo usted, en este oficio, al que toda mi vida se consagra, soy una medianía que a lo forzado sin cesar trabaja.

EDUARDO DE ALDECOA